

dicando su doctrina y probando su divinidad con la omnipotencia de su palabra.

### § I

#### EL CARMELO ("DJEBEL-MAR-ELIAS.") KAIFFA Y SAN JUAN DE ACRE ("AKKA").

Subimos la montaña que está al poniente de Nazaret, y llegados á la altura, dimos nuestro último adiós á esta ciudad, donde vivió tantos años María, y donde fué concebido y creció el Dios hecho hombre, venido para salud de las gentes.

Pocos momentos despues descubrimos la cumbre lejana del Carmelo, y la ancha faja azul del Mediterráneo. Al ver el mar, me sentí poseido de inmensa alegría.

Bajamos á la llanura de Esdreton, y echamos á galopar deseando acortar la distancia.

Tres horas despues atravesamos el torrente Cison (*Nahr-el-Mukatta*), cerca de una colina llamada Tel-Amr. Dejamos esta colina á la izquierda, y pasamos cerca de una aldea asentada á sus faldas y habitada por drusos. Caminamos costeando la cadena, y dejando por ambos lados, á nuestro paso, multitud de aldeas, las unas sobre la altura, á la izquierda, y las otras en la llanura, á la derecha. El Cison nos siguió buen trecho en nuestro camino; este Cison que arrastró los carros, los caballos y los cadáveres, despues de la derrota de Sisara, cantada por Débora.

La vegetacion ha cambiado totalmente. Habia musgo, yerba y plantas en los campos que habiamos recorrido; pero aquí hay tambien bosques de árboles corpulentos, y la naturaleza es robusta y poderosa. Todo esto me causaba grande alegría, pues me figuraba volver á encontrarme en terreno conocido, despues de haber atravesado países de un mundo que no era el mio.

La mañana estaba clara y alegre. El sol derramaba sobre el espacio y sobre la tierra una luz que parecia inundar de júbilo la naturaleza, en tanto que la brisa fresca que soplaba del Mediterráneo, equilibrándose con el calor del dia, producía una temperatura templada.

A las doce llegamos á Kaiffa. Este puerto tiene un aspecto en extremo pintoresco. Su terreno es muy fértil, y la poblacion, vista á distancia, parece un huerto, por entre cuyo follaje elevaran acá y allá sus techumbres algunos kioscos, que son las habitaciones del puerto.

Nos dirigimos al Carmelo. Este monte está poco distante de Kaiffa, así es que en media hora llegamos hasta su pié. Bajamos de nuestros caballos, en el punto donde comienza el camino que conduce á la cumbre. Tendimonos á la sombra de uno de los muchos olivos que por allí habia, y almorzamos á la vista del mar, oyendo el rumor de las olas que venian á azotar las arenas de la orilla.

Poco despues subimos por el pendiente camino que lleva al convento. Un cuarto de hora empleamos en hacer la ascension hasta la cumbre. Hay arriba una esplanada muy hermosa, en medio de la que se eleva el convento, elegante edificio cuadrangular, formado de piedra, y de arquitectura moderna.

Salió á recibirnos un lego italiano, que nos condujo á la sala de recepcion, donde de allí á poco nos fueron servidos el café y la limonada. Sobrevino luego un fraile que nos trató muy bien, y nos invitó para que pasaramos algunos dias en el convento. Se manifestó muy asombrado cuando le dijimos que pensábamos continuar hasta San Juan de Acre, donde pasaríamos la noche.

Nos invitó para que hiciéramos una visita al convento, y nos llevó al través de larguísimos ambulatorios, y nos hizo conocer lo mas notable del edificio. Nuestro paseo vino á terminar en la capilla del convento, donde se encuentra la famosa imágen de Nuestra Señora del Cármen, de la cual andan por el mundo tantas estampas y escapularios. Es una escultura muy bien acabada, y barnizada como las de México, cargada de alhajas y vestida de preciosísimas telas. Al

pié del altar de Nuestra Señora está una gruta natural de la roca, que lleva el nombre de San Elías, por haber sido habitada por este profeta y su compañero Eliseo.

Subimos á la azotea del convento, y desde allí disfrutamos de una vista hermosísima. El Carmelo es un promontorio que avanza mucho por el mar; así es, que al frente y á los lados se miran las aguas azules del Mediterráneo. El día, como he dicho, estaba muy hermoso, la mar tranquila, y un viento del oeste soplabá con fuerza. La inmensidad turquí oscura del Mediterráneo, se extendía majestuosa hácia el ocaso. Jamás lugar alguno, habitado por hombres, tuvo posición mas imponente y solemne que el convento del Carmelo. Es un edificio atrevido, asentado en la cumbre de la montaña, que tiene por alfombra á sus piés la superficie inmensa de las aguas.

A las dos y media de la tarde salimos del convento para proseguir la marcha á San Juan de Acre.

Un lego español me regaló un escapulario y una estampita de Nuestra Señora del Cármen.—

En tiempo de los cananeos, el Carmelo era un reino; Josué se apoderó de él y mató á su rey.

Se dice que fué en esta montaña donde Cain, el fratricida, fué muerto por Lamec.

Aquí confundió Dios á los sacerdotes de Baal, por medio del profeta Elías.

La belleza del Carmelo ha sido elogiada repetidas veces en los libros santos, y el profeta Isaías ha tomado de ella los argumentos de sus comparaciones sublimes.

La tradición refiere que Santa Ana tenía aquí rebaños y una casa que venía á habitar algunas veces, en compañía de la Virgen su hija. Dicen también, que la Santa Familia permaneció aquí algún tiempo á la vuelta de Egipto, y de esta tradición toma origen la adoración de María, bajo la advocación del Carmelo.—

Después de un cuarto de hora de marcha, llegamos á la gruta de

los profetas, por un camino estrecho, pedregoso y pendiente. Esta cueva es natural, agrandada por la mano del hombre, y de una longitud como de trece á catorce metros. Aquí vivían los profetas discípulos de Elías, y por esta razón se ha dado el nombre que lleva á esta gruta.

Salimos de allí y bajamos luego el Carmelo para continuar nuestro camino. El Carmelo (*Djebel-Mar-Eltas*), se extiende del sur-este al noreste, y forma una cordillera de cinco leguas de longitud y una de anchura. El promontorio, como lo he dicho, avanza mucho hácia el mar, y se eleva hasta una altura de 600 metros. Este monte es muy fértil y produce yerbas aromáticas.

La cordillera está habitada en tres partes: por los monjes en el convento, y por algunos centenares de drusos en dos aldeas miserables. Aquellas laderas fértiles están abandonadas, y por todas partes abundan los animales salvajes, sin que nadie les haga daño: los que se encuentran en mayor número son los chacales, las garduñas, los jabalíes, las hienas y las panteras.

Media hora después atravesamos por Kaiffa que, según lo dije arriba, es una pequeña población, llena de árboles y de agradable apariencia. Tiene cuatro mil almas, entre las que hay cerca de dos mil cristianos y mil judíos. Se dice que Kaiffa corresponde á la antigua Helba de la tribu de Aser.

En siete minutos atravesamos Kaiffa y dejamos atrás sus muros, echando á andar por la orilla del mar. Al salir de Kaiffa hay multitud de jardines pintorescos. Muy pronto nos alejamos de ellos, galopando por la playa, tan al borde del mar, que los piés de nuestros caballos eran bañados por las olas.—

El camino que conduce del Carmelo á San Juan de Acre, es sumamente pintoresco. Hay entre estos dos puertos un pequeño golfo: Kaiffa se levanta á una extremidad del semicírculo, y á la otra San Juan de Acre; de manera que estos dos lugares están frente á frente, en la dirección de la cuerda del arco. Desde Kaiffa se mira dis-

tintamente San Juan de Acre, y se comprende que sería muy corto el camino, si pudiera seguirse la recta. Pero como hay necesidad de seguir la curva del golfo, el camino se alarga sobremanera.

Después de media hora de marcha, atravesamos el torrente Cison (*Mahr-el-Mukatta*). Dispersos en los arenales de la playa, miráanse innumerables caracoles armados de puntas. Estos caracoles son el antiguo *murex trunculus*, de donde sacaban los fenicios la famosa tinta con que formaban su púrpura.

Dos horas después atravesamos el Nahr-en-Naaman, que es el antiguo Belo, río adonde los tirios venían á buscar la arena que les servía para fabricar el vidrio. Este río marcaba el límite sur de la Fenicia.

A las cinco de la tarde llegamos á San Juan de Acre. Nuestras tiendas fueron levantadas sobre la muralla, en medio de una esplanada destinada á colocar las baterías. El soldado turco que estaba de guardia, nos permitió acampar allí, mediante un *bakshish*.

Tan luego como nos apeamos de nuestros caballos, nos dirigimos Fortunato, M. Delestre y yo, al interior de la ciudad para visitarla.

San Juan de Acre tantas veces combatida, tantas inexpugnable, y arruinada tantas veces, se encuentra enteramente reedificada. Nada conserva de su antiguo esplendor; pero está construida de dura piedra y rodeada de terribles murallas, que por la parte de tierra la defienden. Esta ciudad ocupa el lugar de la antigua Acco de la tribu de Aser. Mas tarde recibió el nombre de Ptolemaida. Aquí fué muerto Antioco por Trifon, 143 años A. J.-C. Los habitantes de Ptolemaida abrazaron el cristianismo desde los primeros tiempos de la predicación del Evangelio. San Pablo pasó aquí un día, viniendo de Tiro, como él mismo lo refiere.

Pero la celebridad de este lugar se deriva principalmente del tiempo de los Cruzados. En 1140 Balduino I, rey de Jerusalem, se apoderó de Ptolemaida, y este punto vino á ser desde entonces el centro de las operaciones de los cristianos en Siria. Aquí eran re-

cibidas las flotas de los venecianos, los genoveses y los pisanos. Después de la batalla de Tiberiades, Ptolemaida cayó de nuevo en poder de los musulmanes.

Pero el rey de Jerusalem, tan luego como estuvo libre, vino á sitiarse con nueve mil hombres. A él se reunió multitud de franceses, flamencos é ingleses, que formaron una muchedumbre de 600,000 soldados. El cerco duró tres años, y en ese tiempo se dieron mas de cien combates y nueve grandes batallas. Los sitiados sufrieron hambre tan cruel, que se vieron obligados á alimentarse con la carne de sus caballos. De los seiscientos mil combatientes que sitiaban la ciudad, solamente cien mil pudieron volver á su patria; pero la ciudad fué tomada finalmente, y vino á ser el último asilo de los cristianos en la Tierra Santa. Entonces fué cuando, habiéndose establecido allí los caballeros de San Juan, perdió Ptolemaida su nombre y recibió el de San Juan de Acre.

Trascurrido apenas un siglo, la ciudad fué tomada á viva fuerza por Khalil-Ibn-Kalaun, sultán de Egipto, después de un breve sitio de un mes. Veinticinco mil cristianos fueron asesinados ó reducidos á la esclavitud. Las religiosas clarisas, por salvarse del deshonor, se desfiguraron ellas mismas el rostro cortándose la nariz.

Desde entonces, Akka (este es el nombre árabe del puerto), ha caído en una postración absoluta. Sin embargo, á fines del siglo pasado Djezzar-Pashá hizo sonar nuevamente su nombre con cierta gloria, constituyéndola capital de un principado criado por él, y que se extendía desde Baalbek y Damasco hasta Jerusalem. Entonces fué cuando el primer Napoleón vino á sitiar la ciudad. Djezzar-Pashá, ayudado por el general inglés Sidney Smith, resistió detrás de las murallas de la ciudad los terribles embates del genio de Córcega, que comenzaba á extender sus alas de muerte, y á cernerse como un buitre ávido de sangre, sobre el mundo. Bonaparte perdió allí su tiempo en un asedio inútil, y tuvo necesidad de retirarse, confesándose incapaz de apoderarse de la plaza.

En 1823, Ibrahim-Pashá la tomó por asalto, despues de seis meses de sitio, y en 1840 la flota anglo-austriaca, al mando de Stopford y Napier, bombardeó este puerto, y al cabo de dos horas quedó la ciudad convertida en un monton de escombros, y sometida á los dos almirantes. Así es como San Juan de Acre ha venido á perder la gran reputacion que tenia de plaza inexpugnable. Lo cierto es, que despues de los últimos adelantos de la guerra, no puede decirse que haya en el mundo ciudad que merezca tal nombre, por fuerte que sea. El tiempo de los largos sitios y el de las iliadas de diez ó mas años, pertenece á la historia. Actualmente la mejor defensa que tienen las ciudades son la civilizacion y la humanidad, que prohíben la destruccion y el exterminio; pero á no ser esto, las ametralladoras y los cañones Krupp, estos rayos terribles de la industria guerrera, se darian en breve espacio buena cuenta de las plazas mas fuertes y bien amuralladas.—

Entramos el dragoman, el francés y yo, en Akka, por la única puerta que tiene, y está al extremo sur de la ciudad. Es esta muy súcia y pestilente; sus calles son tortuosas y estrechas. Tiene sin embargo mucho movimiento, y esto consiste en que toda la poblacion se encuentra aglomerada dentro de un estrecho recinto, que es una península de forma triangular, que avanza sobre el mar. El comercio de la ciudad consiste en algodón y trigo.

Pocos restos del tiempo de los Cruzados se conservan en Akka. Los principales son, el hospital de los Templarios, que está convertido actualmente en hospital militar, y algunas murallas del convento de las clarisas.

Visitamos una hermosa mezquita, que es lo mas digno de verse que hay en la ciudad. Esta mezquita se encuentra en medio de una plaza pavimentada con piedra, donde hay plantadas palmas y otra multitud de árboles de aspecto agradable. En torno de la plaza hay una hermosa galería sostenida por columnas de granito y mármoles de diversos colores, trasportadas de la antigua Tiro. A los lados de

la mezquita hay dos tumbas de graciosa construccion; la una guarda las cenizas de Djazzar-Pashá, y las de Selim-Pashá la otra.

La ciudad tiene una poblacion de 8,000 habitantes, de los cuales 3,000 son católicos, un centenar es de judíos, y el resto de mahometanos.

Nuestra excursion terminó al oscurecer, y no pudimos salir sin gran trabajo de Akka, pues la puerta de la ciudad estaba cerrada ya, y los turcos se negaban á abrirla. Sin embargo, como el dinero es la llave maestra que abre en Oriente más que en ninguna parte del mundo, todas las puertas, la dificultad fué zanjada tan luego como hablamos de un buen *bakshish*.

Llegábamos á nuestras tiendas, cuando miramos un árabe que estaba ocupado en tomar algunos objetos del suelo y en colocarlos sobre la muralla. Fortunato temió que aquel hombre nos anduviera acechando para robarnos, y se acercó á él para ver lo que hacia. A poco volvió á nosotros diciéndonos:

—Es un árabe necio que está recogiendo del suelo los mendrugos de pan que ha arrojado nuestro cocinero. Estos mahometanos son tan timoratos, que creen es un pecado tirar el pan, y se escandalizan siempre que lo ven por tierra. Tambien tienen ellos la costumbre de recogerlo del suelo siempre que lo hallan al paso, y de ponerlo, invocando á Alá y dándole gracias por sus beneficios, sobre algun sitio elevado, para que sirva allí de alimento á las aves del cielo. ¡Son unos salvajes estos mahometanos!

No participé yo ni con mucho de la opinion de Fortunato, pues para mí este rasgo de sencillez y gratitud á Dios, es digno de todo elogio, y merece ser imitado por los cristianos. Los árabes, mejor dicho, los orientales, tienen cierto tipo de religion en todos sus actos, que no puede menos de atribuirles majestad y grandeza. Porque el hombre que por sí no es nada, si alguna vez brilla ó asombra, es merced á la irradiacion de Dios sobre su pequeñez: de tal suerte, que podria decirse que los hombres somos astros opacos que reflejamos

débilmente los rayos del Sol eterno de la verdad y la vida. Y como la religion es el vínculo de union de la humanidad con Dios, el tipo del hombre crece y se trasfigura en sus actos religiosos, porque los actos de adoracion al Sér Supremo, por ser dirigidos á él, se revisten de un carácter de imponente sublimidad.

La irreligion por el contrario, deja descarnada y patente la miseria del hombre. Yo amo al hombre religioso donde quiera que lo encuentro y como quiera que se llame. La razon tendiendo á Dios, á ese foco de luz infinita é inextinguible, me parece admirable y grande; es la marcha natural de todo lo criado, desde el inmenso astro hasta la infinitesimal molécula. Las rebeliones de la criatura contra el Criador, de lo que nació ayer contra lo que siempre ha sido, de lo que tiene vida de dependencia contra lo que tiene la plenitud del sér, son ridículas, mas aún que criminales ó insensatas.

## § II

### TIRO (SUR).

Febrero 28.

A las seis de la mañana salimos de San Juan de Acre. Fuera de la ciudad hay multitud de huertos muy bien cultivados y fértiles. Los granados, los naranjos y los limoneros tienden allí sus profusas ramas, y forman bosques tupidos, debajo de los cuales no penetran los rayos del sol. Allí se ven tambien casas de campo modestas, pero de buen gusto, donde viven los personajes acomodados de la ciudad, que se trasportan diariamente desde su retiro al lugar de sus negocios, caballeros sobre asnos humildes. Este sitio es llamado por los indígenas *Bahjeh* (lugar de delicias).—

Caminaba yo delante de mis compañeros, galopando al través de aquellos jardines que recreaban la vista con su verdura y perfuma-

ban el ambiente con sus olores. Distraido de esta suerte, llegué hasta el borde de un torrente llamado *Nahr-es-Snirieh*. Y sin pensar lo que hacia, obligué á mi caballo á entrar en el agua. Observé, sin embargo, que el noble bruto me oponia obstinada resistencia; pero no atribuyéndo á este incidente gran importancia, con ayuda de los acicates y el látigo obligué á ceder al caballo, que echó á andar apresurado, salpicándome de agua al levantar en alto sus patas. Apenas habia avanzado algunos pasos, cuando percibí que la corriente era de tal manera rápida, que el animal tenia que luchar mucho para no dejarse arrastrar por ella. Convencido yo, sin embargo, de que no habia mas paso que aquel para atravesar la corriente, continué agujoneándolo para vencer su resistencia.

En esto escuché voces detrás de mí, volví la cabeza y miré á Fortunato que venia corriendo á rienda suelta.

—No avance vd., me gritaba; vuelva vd. atrás.

Entonces fué cuando comprendí el peligro en que me hallaba. Miré en efecto, que mi caballo flaqueaba, y que habia menester extender sus piernas á manera de palancas para resistir al ímpetu del torrente. La profundidad del rio aumentaba además á cada paso, y en el lugar donde me hallaba, mis piés estaban sumergidos en el agua; escuchaba el confuso rumor del torrente que se despeñaba en el Mediterráneo, y dirigiendo los ojos al mar, miré allí caer las aguas espumantes y furiosas.

Entonces volví de frente mi caballo á la direccion de la corriente; y haciéndolo caminar en sentido oblicuo para que no fuera golpeado de través, logré salir felizmente á la orilla.

Mis compañeros llegaron en aquel punto, y hablándome con calor, me hicieron comprender la gravedad de mi imprudencia y el riesgo en que me habia encontrado.

En efecto, á poco de haber salido del rio, miré que la corriente arrastraba gruesos troncos de árboles todavía verdes, con la misma rapidez con que hubiera arrastrado una hoja de paja. De allí en mas,